

cúmulo de errores y supersticiones, la de los *albigenses* valia aun menos; puesto que era un caos de los desvarios de dos ó tres sectas diferentes. Aun cuando esta última hubiera sido mas pura, no correspondía á unos simples particulares, sin mision alguna, el establecer y aun menos emplear la violencia, el asesinato y el latrocinio, para conseguir su objeto. Porque los protestantes hayan hecho lo mismo, no es esta una razon suficiente para aprobar este extraño método de reformar la Iglesia.

Si los príncipes estaban disgustados de la tiranía de los eclesiásticos, ¿cómo pudieron sostener á mano armada los esfuerzos que hacian el papa y los obispos para reprimir á los *albigenses*?

No nos tomaremos el trabajo de refutar los motivos odiosos por los que se pretende que nuestros reyes, y sobre todo S. Luis, tomaron parte en la guerra contra los *albigenses* y contra el conde de Tolosa. A la verdad, el tratado por medio del cual hizo este señor su paz con S. Luis en 1228, fué muy ventajoso á la corona, pues que en él se estipuló que la heredera del conde de Tolosa casaría con uno de los hermanos del rey, y que á falta de hijos varones, vendría á parar este condado al rey. Mas luego que se resolvió la cruzada contra los *albigenses*, diez y ocho años antes, no se podia preveer esta cláusula, y nos parece que el conde de Tolosa debió tenerse por muy honrado con esta alianza. Pero se sublevó pasado catorce años, cuyo comportamiento no le hizo ningun honor; la victoria de S. Luis en Telburgo obligó á este vasallo rebelde á someterse; desde entonces, privados los *albigenses* de toda proteccion, fueron fácilmente destruidos.

Basnago en su *historia de la Iglesia, lib. 24*, ha empleado todos sus esfuerzos en refutar la historia de los *albigenses* delineada por M. Bossuet: ve ahí lo que resulta de todas sus indagaciones.

4^o Antes que los maniqueos, esparcidos por la Lombardia en el siglo XII, hubiesen penetrado en Francia, existían ya en nuestras provincias meridionales ciertos secuaces de Pedro y de Enrique de Brui, los cuales dogmatizaban y tenían tambien sus asambleas. Aun cuando no tuvieran las mismas opiniones que los maniqueos no dejaban cuando llegaban estos de unirse á ellos y hacer causa comun con ellos, lo mismo que en el siglo XIII se asociaron á los valdenses. Tal ha sido siempre la política de los sectarios, con el

fin de formar número, y hacer frente á los católicos. Por la misma razon se reunieron despues los valdenses á los calvinistas, aunque no tuviesen la misma creencia que ellos.

2^o De aquí mismo resulta que en el siglo XIII los *albigenses* eran un conjunto de maniqueos, arrianos, petrobussianos, enriquistas y valdenses, bien poco acordes sobre el dogma, mas reunidos por interés y por el odio contra la Iglesia romana y su clero; que la mayor parte de ellos eran tan ignorantes que apenas sabian lo que creían ó no creían. De aquí procede la diversidad de relaciones que han hecho los historiadores de aquel tiempo acerca de la doctrina de estos secuaces.

3^o En los interrogatorios que se hicieron sufrir á sus jefes, y en los concilios en que fueron condenados, no fué fácil descubrir y distinguir sus diferentes opiniones, ya sea porque estos predicantes no tenían doctrina alguna fija, ó bien porque ocultasen con cuidado las de sus errores que podían inspirar el mayor horror á los católicos.

4^o Por esto mismo se ve el ridiculo en que incurren Basnago y los protestantes, que quieren hacer pasar á los *albigenses* por sus antepasados ó sus mayores: ninguno de estos herejes hubiera querido firmar una profesion de fe luterana ó calvinista, y ningun sincero protestante habria querido adoptar todos los desvarios de las diferentes sectas de *albigenses*.

5^o Gran cuidado tuvo Basnago de disimular las verdaderas razones por las que fué preciso emplear el rigor contra estos ímpios, á saber, sus violencias, sus vias de hecho y su furor contra el culto exterior de la Iglesia católica y contra el clero. Quiso persuadir que se los castigaba únicamente por sus errores, lo cual es falso. Si alguna vez se ha condenado al suplicio á los novadores, antes de que hubiesen tenido tiempo para formarse un partido formidable, es porque su doctrina y sus principios tendían directamente á la sedición y á alterar la tranquilidad pública. V. *HERESIS*.

ALCORÁN. V. **MAHOMETISMO.**

ALCUINO, diácono de la Iglesia de York, fué llamado á Francia por Carlomagno, y tuvo el honor de dar lecciones á este emperador, como tambien el de contribuir al restablecimiento de las letras: falleció en su abadía de S. Martin de Tours en 804. Compuso muchas obras teológicas, las cuales se resentían de la rudeza del octavo siglo; mas la doctrina es pura. El autor debe ser colocado entre los escritores eclesiásticos y los testi-

gos de la tradicion. Se espera la nueva edicion de sus obras, prometida por un sabio benedictino de la congregacion de S. Vannes, esta será mas exacta y completa que la de Andrés Duchesne, en tres volúmenes de á folio.

Basnago ha querido persuadir que *Alcuino* no opinaba como los católicos respecto á la Eucaristia; se prueba lo contrario en la *Perpetuidad de la fe, tom. 1, lib. 8, c. 4*.

Las obras de este autor, llamadas tambien *Flacco Albino*, fueron publicadas por Andrés Duchesne en Paris el año 1617, y en la forma que indica Bergier; pero la mejor edicion es la de Ratibona hecha en 1777, dos tomos en folio con notas y disertaciones. El Padre Chifflet publicó tambien un escrito cuyo título es: *La confesion de Alcuino*, el año 1636 en cuarto, cuya confesion conviene el P. Mabillon en que es de dicho sabio. Hay en las obras de *Alcuino*, teología, filosofía, historia, cartas y poesías: se divide en ellas una ciencia mas extensa que profunda. Este autor tenía mas ingenio que gusto, mas erudicion que elegancia, y era mas facundo que elocuente; su estilo está recargado con palabras inútiles, sus pensamientos son vulgares, sus adornos afectados, y á pesar del artificio de su dialectica, sus racionios difusos no tienen nervio, y á las veces ni exactitud; mas sin embargo, sus obras han sido siempre muy estimadas, y sus doctrinas son sanas en todo lo concerniente á la fe, y aprovecha con interés las ocasiones de refutar los errores de los herejes.

Se cree que *Alcuino* es el fundador de la escuela *Palatina*, llamada así porque estaba en el palacio de Carlomagno. La universidad en Paris entronca con ella por una serie no interrumpida de maestros. *Alcuino* añadió á la escuela *Palatina* una especie de Academia cuyos miembros tomaban el nombre de algun personaje de la antigüedad. Carlomagno tenía el de David, y *Alcuino* el de Flacco Albino. V. á *Feller*.

ALLEGORIA, discurso cuyo sentido está cambiado, ó que bajo el sentido literal oculta otro sentido menos fácil de comprender. Esta voz viene del griego *Allego*, que significa *yo hablo de otro modo, es por consiguiente una metáfora continuada*. La diferencia entre una *allegoria* y una parábola es que la primera encierra un sentido histórico ó literal verdadero, en vez de la segunda, que es una especie de fábula, cuyos personajes ó hechos no han existido jamás.

Así S. Pablo, á los *Galat. iv, 22*, nos enseña que lo que se dijo de los dos hijos de Abraham, de los cuales el uno habia nacido de una esclava, y el otro de una esposa legítima, es una alegoria que significa las dos alianzas que habia hecho Dios con los hombres, de las que producía la una esclavos, y la otra hacia nacer á los hijos libres; que la ley que prohibía á los judíos atar la boca de los bueyes que trillaban las mieses, significaba que los fieles debían contribuir para la subsistencia de los operarios evangélicos. Esto no impide que no sea cierta la historia de los dos hijos de Abraham, y que la ley impuesta á los judíos no debiera ejecutarse al pié de la letra. Por el contrario, las *parábolas* de que se servía Jesucristo para instruir al pueblo, como la del hijo pródigo, la de la oveja perdida, etc., no son precisamente narraciones históricas, sino unas ficciones, cuyo objeto es el de pintar la bondad y misericordia de Dios para con los pecadores. V. **PARÁBOLA**.

Además del sentido *allegórico* de la sagrada Escritura, distinguen los intérpretes tambien un sentido *tropológico*, que se refiere á los cosumbres, y otro sentido *anagógico*, respecto de las recompensas que nos promete Dios en la otra vida. V. **ESCRITURA SAGRADA**, § 3.

De aquí han tomado ocasion algunos incrédulos para concluir que los autores sagrados han escrito expresamente en un estilo enigmático, á fin de enganar á los oyentes y lectores: consecuencia bien poco reflexiva. Cuando decimos que la Escritura sagrada tiene frecuentemente un sentido *allegórico* ó figurado, no pretendamos que los escritores sagrados se hayan propuesto siempre un doble sentido. No es cierto que Moisés, al hablar de los dos hijos de Abraham, comprendiera que el uno era figura del pueblo judaico, y el otro del pueblo cristiano; sino que al dar la ley de que hemos hablado, pensase en contribuir para la subsistencia de los predicadores del Evangelio. Pudo haber ignorado el designio que tenía Dios al hacerle escribir esta historia y publicar esta ley; y Dios se reservó el revelárselo á los escritores del nuevo Testamento. No poco pues Moisés ni contra la sinceridad, como buen historiador, ni contra la sabiduría y prudencia que deben suponerse en un legislador. Lo mismo podemos asegurar respecto de los profetas y demás historiadores sagrados: no tuvieron quizá todos á la vista otro sentido que el literal; mas esto no obsta para que no pueda haberlos

descubierto Dios, bajo la superficie de la letra, algún otro sentido, bien por Jesucristo, ó por los apóstoles ó por los doctores de la Iglesia. No se sigue de aquí que Dios haya engañado á los escritores sagrados, ni que haya querido inducir á error á los judíos, depositarios de las Escrituras; se sigue solamente que no reveló á los antiguos todo lo que se proponía hacer en la continuación de los siglos.

Leemos en el Evangelio, *Joan.* i, 49, que Caifás dijo á los sacerdotes y á los fariseos reunidos, al hablar de Jesucristo: «vosotros nada sabeis: no veis que conviene que muera este hombre por el pueblo, y porque no perezca toda la nación.» El Evangelio añade: «Caifás no dijo esto por su propia ciencia, sino que como era en aquel año pontífice, profetizó que Jesucristo moriría no solo por el pueblo sino para reunir á todos los hijos de Dios.» Caifás hizo pues una predicción sin saberlo; su discurso fué una alegoría de la cual no comprendía todo el sentido. Mas, ya sea que los escritores del antiguo Testamento hubiesen comprendido todo el sentido de lo que referían, ó bien que no hubiesen visto mas que una parte de él, lo cierto es que no fueron ni engañadores ni engañados.

Resta saber, si en el designio de Dios, toda la ley de Moisés era figurativa; si se les puede ó debe dar á todos los acontecimientos del antiguo Testamento un sentido alegórico, y mirarlos como otros tantos tipos y figuras de lo que acaece en el nuevo. Examinaremos esta cuestión en la voz FIGURA Y FIGURAS.

No solo muchos incrédulos sino también algunos autores cristianos, creyeron que las antiguas profecías no podían aplicarse á Jesucristo sino en un sentido alegórico; que en el sentido literal pertenecían á otros personajes y á otros acontecimientos. Probaremos lo contrario en el artículo PROFECIA.

Así como los antiguos, sobre todo los Orientales, deseaban hablar en parábolas, también gustaban expresarse por medio de alegorías: les agradaba hallar en un acontecimiento cualquiera la figura de otro acontecimiento. Uno de nuestros filósofos, excesivamente empeñado en ridiculizar los sagrados libros, conviene en que era costumbre antigua en el Oriente no solo el hablar en alegorías sino aun el expresar, por medio de singulares acciones, las cosas que se quería significar, y el pintar á vista de los oyentes los objetos con que se quería herir su imaginación. Nada era,

mas natural; pues no escribiendo los hombres por largo tiempo sus pensamientos sino en geroglíficos, debían tomar la costumbre de hablar como escribían. No debemos pues extrañarnos de que prescribiese Dios á los profetas ciertas acciones que parecían ridiculas, mas que eran muy capaces de excitar la atención de los expectadores, y que eran muy significativas.

Así que, el profeta Isaías anda por medio de Jerusalén con la desnudez de los esclavos, para anunciar á los judíos su suerte futura, *Isaí.* xx; Jeronías coloca un yugo sobre sus hombros, para manifestarles con anticipación el que les impondría Nabucodonosor; envía unas cadenas á los reyes de la Idumea, de Moab y de Tiro, como símbolo de las con que se les había amenazado. Dios ordena á Osas que se case con una prostituta, que la abandone durante algun tiempo, y finalmente de volver á vivir con ella, para retratar la conducta de Dios con respecto á la nación judaica, etc. Estas eran alegorías muy patentes, y se hallan algunos ejemplos en la historia profana.

Puesto que era tal el giro de las costumbres antiguas, no es sorprendente que los judíos diesen un sentido alegórico á los hechos que se refieren en la historia sagrada. S. Pablo lo ha practicado mas de una vez; los Padres de la Iglesia mas antiguos le han imitado, porque esta manera de instruir era agradable á sus oyentes. Mas los protestantes les han acriminado esta conducta; dicen que este método, ridiculo en sí mismo, no es bueno sino para apallar la ignorancia del predicador, hacer pasar ciertas visiones por verdades importantes, formar en los oyentes un gusto falso, y disuadirlos de la investigación del sentido literal y natural de la Sagrada Escritura. Tal es el fallo que sobre esto pronunció Barbeyrac, en el *Tratado de la moral de los Padres.* c. 7, § 6 y siguientes. Sostiene que el ejemplo de los apóstoles no pudo servir para justificar á los Padres.

Los apóstoles, dice, han usado rara vez de las alegorías, y los Padres se sirven de ellas continuamente; los primeros se valieron de este recurso, mas bien para manifestar en el antiguo Testamento los misterios de Jesucristo, que para sacar de las alegorías lecciones de moral; á penas se hallan dos ó tres ejemplos en S. Pablo, cuando los Padres no presentan casi otra clase de ejemplos.

Sin embargo, S. Matco ha tomado en un sentido alegórico lo menos veinte profecías

del antiguo Testamento: esta es una tacha que le atribuyen los incrédulos; y Barbeyrac, sin saberlo, se ha tomado el trabajo de confirmarlo. S. Pablo ha convertido en lección de moral, no solo la ley del Dentonómico, de que hemos hablado, y la que prohibía servirse del pan recogido en la celebración de la pascua, sino además la ley de la circuncisión, la del sábado, la de las abluções, la de las abstinencias, las promesas hechas á Abraham, las reprensiones y amenazas dirigidas á los judíos por Isaías, etc. Por lo que los judíos modernos acriminan á S. Pablo, dicen que este es un expediente imaginado por este apóstol, para eximir á sus prosélitos de la observancia de la ley ceremonial. Es sensible que no viese Barbeyrac que autorizaba la preocupación de los judíos.

S. Pedro, *ep.* I, u, 6, convierte en lección de moral la profecía de Isaías xiii, 14, concerniente á la piedra angular que destruye á los incrédulos, la de Osas, u, 24, que se refiere á los judíos vueltos á entrar en gracia con Dios; el ejemplo de los pecadores exterminados por el diluvio, y compra el bautismo con el arca de Noé, iii, 20, etc. Estas clases de lecciones no son pues tan raras en los escritos de los apóstoles como pretende Barbeyrac.

Dice, que como eran inspirados los escritores sagrados, debemos creerlos cuando nos descubren un sentido alegórico en un hecho ó en una ley, en donde no lo hubiéramos apercibido; mas que no mandaron á persona alguna hiciese lo mismo, y que no dieron ninguna regla para descubrir esta clase de sentidos; y por tanto no son sino unas explicaciones arbitrarias y vanos discursos.

Nueva imprudencia: ¿cómo no se vió que los incrédulos se prevaldrían también de esta observación, y la volverían contra los mismos apóstoles? Con efecto, los incrédulos dicen que la pretendida inspiración no puede hacer real y positiva una cosa que es imaginaria, ni respetable lo que es ridiculo, ni justificar un sentido en el que es evidente que jamás pensaron el legislador de los judíos y sus profetas: á Barbeyrac toca probar lo contrario. Solo se infiere de su observación que las explicaciones alegóricas dadas por los Santos Padres no son artículos de fe; pero ¿quién lo pretendió jamás? Los apóstoles no mandaron estas explicaciones, mas tampoco las prohibieron, puesto que S. Bernabé y S. Clemente

las usaron frecuentemente; debemos presumir que estos dos discípulos inmediatos de los apóstoles conocían por lo menos también las intenciones de sus maestros como los críticos protestantes del xvii ó xviii siglo.

Los apóstoles, continúa el censor de los Padres, dieron ciertos sentidos alegóricos á la Escritura santa, á causa de su condescendencia para con los judíos que gustaban de este género de instrucción; mas no como un ejemplo que deba seguirse: este gusto es pernicioso en sí mismo, porque nos aleja de la investigación del sentido literal y verdadero de la palabra de Dios.

Jamás reconoceremos que un género de instrucción del que se sirvieron los apóstoles, sea pernicioso en sí mismo; mas sostenemos que los Santos Padres le usaron por la misma razon, esto es, por condescendencia para con sus oyentes. En efecto, después de S. Bernabé y S. Clemente de Roma, los dos Padres de la Iglesia mas inclinados á este género de instrucción, fueron S. Clemente de Alejandría y Orígenes; uno y otro instrúan y escribían en Egipto: luego los judíos de Alejandría estaban acostumbrados á las explicaciones alegóricas de la Sagrada Escritura, como lo testifican los escritos de Philón. Los egipcios no estaban en general menos habituados por el uso de sus geroglíficos.

Otra prueba de la razon con que se han conducido los Padres en este punto es que no se limitan al sentido místico ó alegórico de la Escritura santa. Orígenes, antes de recurrir á este medio, explica muy frecuentemente el sentido literal del texto, y son bien notorios los trabajos emprendidos por este hombre sabio para confrontar el texto hebreo con las versiones. S. Gregorio Niseno, después de haber tomado de la ley de Moisés un gran número de alegorías, concluye de este modo: «lo que acabamos de proponer se reduce á meras conjeturas; las abandonamos al juicio de los lectores; si las desechan, no reclamaremos; si las aprueban, no estaremos por esto mas contentos y satisfechos de nosotros mismos.» *Lib. de Vita Mosis.* pag. 223. S. Agustín, poco tiempo después de su conversión, habia escrito dos libros sobre el Génesis contra los maniqueos, en que habia dado razones alegóricas de la mayor parte de los hechos, porque, no veo yo, decia, cómo sea posible entenderlos en el sentido propio. Mejor instruido despues, compuso otra obra sobre el Génesis, tomado en el sentido literal, el *Génesis á la letra.* Si Bonosobre hubiera procedido de

buena fe, debiera hacer esta observacion antes de censurar á S. Agustin, *Hist. del Manich.*, tom. 1, lib. 1, c. 4, pag. 283.

No es pues nada á propósito el vituperar por esta conducta á los Santos Padres de la Iglesia. ¿Se queria que hubiesen adoptado otro método para instruir, que hubiera desagravado á sus oyentes, y que por lo tanto no habria sido escuchado? Juzgar del gusto del segundo y tercer siglo de la Iglesia por el del décimo octavo, es un absurdo. En segundo lugar, los Padres no pensaron en formar sabios, sino cristianos virtuosos; querian acostumbrarlos á buscar en los libros santos, no precisamente erudicion ó ciertos conocimientos profanos, sino lecciones de moral y objetos de edificacion; nosotros sostenemos que los Santos Padres no cometian en este caso injusticia alguna. Gracias á la obstinacion de los herejes y de los incrédulos, no es esto ya lo que se quiere en el dia; se exigen observaciones gramaticales, críticas, históricas, filológicas, cronología, geografía, física é historia natural, para explicar los libros santos. Somos sin duda en todas estas clases de conocimientos mas hábiles que nuestros padres; pero ¿somos mejores cristianos por esto? Estas sabias discusiones; están por ventura al alcance del pueblo?

Luego principalmente al pueblo es á quien los Santos Padres debian y querian instruir. El éxito basta para convencernos de que fueron mas felices en la ejecucion de su empresa que sus acusadores. Los sabios comentarios de los protestantes no han conducido á otra cosa, que á multiplicar entre ellos las disputas, las sectas y los errores: los de los Padres y santos.

Lo que hay de mas singular en este asunto, es que los protestantes que censuran con tanta acritud el gusto de los antiguos Padres por las alegorías, están sin embargo tan atentos y diligentes para aprovecharse de las explicaciones alegóricas, que S. Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano dieron algunas veces á las palabras de Jesucristo tocante á la Eucaristía.

Mas es bueno el ver como su prevenicion contra los Padres les ha hecho dar la preferencia á los incrédulos. No es nada á propósito, dice uno de ellos, que los apologistas del cristianismo hayan querido probar á los paganos lo absurdo de su religion por medio de la necesidad de recurrir á las alegorías para dissipar el escándalo de sus fábulas; ¿no es-

tamos nosotros en el mismo caso respecto de la mayor parte de los hechos del antiguo Testamento? Los Padres de la Iglesia lo han conocido, pues que todos alegorizaron y se convinieron en que sin este método era imposible entender la Escritura santa. Para probarlo cita á S. Clemente de Alejandría, á Orígenes, á Tertuliano y á san Agustin. El feror por las alegorías ha hecho divinizar el cántico de Salomón; los mahometanos hicieron lo mismo para paliar los absurdos del Alcorán.

En vano exigiríamos nosotros á los censores de los Padres una respuesta sólida á esta obieccion; no es entre ellos donde tremos á buscarla. Las acciones infames y escandalosas, referidas en las fábulas, eran atribuidas á los dioses: ¿se podia condenarlas ó vituperarlas? Si hay en la historia acciones semejantes son atribuidas á los hombres, y no son aprobadas; por el contrario frecuentemente son castigadas; esto es muy diferente. Los hombres no son impecables, mas los dioses debian serlo; todas las acciones de los dioses no son unos ejemplos que se deban seguir; mas ¿se podia ser culpable en imitar á los dioses? No tenemos pues necesidad de alegorías para explicar la embriaguez de Noé, el incesto de Loth con sus hijas, el engaño que Jacob usó con su padre para alcanzar su bendicion, el adulterio y el homicidio de David, etc., pues que no estamos obligados á justificarlos.

Hemos evacuado las citas de los Santos Padres que se nos han opuesto; la mayor parte son falsas: véase todo lo que hay de cierto en este punto.

S. Clemente alexandrino, *Strom.* l. 2, c. 49, pag. 481, dice que el modo con que Dios obró respecto de Adán, de Noé, de Abraham, de Jacob y de Saúl, era profético y típico; idéntico es el parecer de S. Pablo respecto de estos dos últimos. S. Clemente concluye por las palabras de Jacob: *porque Dios tuvo piedad de mí, me ha dado todo cuanto yo pongo*, l. 6, c. 43, p. 803. Observa que segun el Evangelio, Jesucristo no hablaba sino en parábolas; concluye que puesto que Jesucristo es tambien el autor de la ley y de los profetas, ha hablado del mismo modo en parábolas. S. Clemente da por razon de esto: 1º que por este medio quiso Dios excitar nuestra vigilancia y curiosidad; 2º por mas que muchos hubieran abusado de un estilo mas claro; 3º porque este era el método mas antiguo y general de enseñar; 4º porque el estilo de los hebreos es comunmente figurado. Mas añade que los

hombres verdaderamente inteligentes son aquellos que entienden la Escritura santa segun la regla eclesiástica. Por consiguiente no admite las explicaciones arbitrarias, y no se sigue de aqui que todo sea parábola ó alegoría en la Escritura sagrada.

Orígenes, hablando de la disjuncion de los animales puros é impuros, *Hom. 7 in Levit.* n. 5, dice que si se entendiesen como los judios y como el pueblo las leyes que Dios habia dado sobre este objeto, apareceria menos razonables y menos respetables que las de los Atenienses, de los Espartiatas ó de los Romanos; mas que si se las entiende segun el sentido que enseña la Iglesia apareceria verdaderamente divinas y superiores á todas las leyes humanas. *L. 2 in Epist. ad Rom.* n. 9. Pregunta qué pueden tener de comun con la ley natural, aquellas que ordenan la circuncision, las que prohiben hacer un tejido de lino y de lana, ó de comer pan recogido en la fiesta de las pascuas. Dice que habiendo preguntado á ciertos judios la razon y la utilidad de estas leyes, no le dieron otra que la voluntad del legislador. No se sigue de aqui que Orígenes queria que se tomasen tambien en un sentido alegórico las demás leyes, cuya razon era clara y sensible, y las leyes morales contenidas en el Decálogo. Nos parece que se ha juzgado á este Padre con demasiada severidad, cuando se quiso inferir de esto que destruía frecuentemente el sentido literal de la Sagrada Escritura, no era pues destruirle el manifestar ó confesar que no le veia.

Tertuliano *lib. 5 contra Marcian.* c. 5, dice que nada aparece mas ridiculo ni mas despreciable que los sacrificios sangrientos, las purificaciones, la ley del talion, la circuncision y las abstinencias; que por tanto todo hereje hace risible el antiguo Testamento en su totalidad; mas que Dios ha ocultado bajo estos enigmas y estas figuras una sabiduria que debia ser revelada por Jesucristo. Sin embargo, Tertuliano, en esta misma obra da unas razones excelentes acerca de las abstinencias prescritas á los judios, de la distincion de los animales puros é impuros, de la multitud de los sacrificios y ofrendas. Luego cuando dijo que todo esto formado á la letra era ridiculo y despreciable, quiso dar á entender que esto pareciera tal á los herejes, y no á los fieles instruidos por Jesucristo. Ann cuando hubiera querido decir de toda la ley ceremonial lo que los incrédulos le atribuyen, tampoco se seguiria que opinó del mismo modo acerca de todo el antiguo Testamento.

S. Agustin, *lib. contra mendaciam, ad consent.* c. 10, n. 23 y 24, sostiene que Abraham é Isaac no mintieron, cuando dijeron que sus esposas eran sus hermanas, como ni tampoco Jacob, al asegurar á Isaac que era él, hijo primogénito, porque estas eran figuras, tipos ó metáforas. No opinamos que sea esta una excusa sólida; porque un equívoco empleado para engañar á alguno, es una verdadera mentira; mas no se puede inferir que segun S. Agustin, toda la historia santa es figurativa, alegórica, y que sin el recurso de las alegorías, seria imposible entenderla.

No es empresa difícil el refutar á Woxton, que pretendia que los milagros de Jesucristo, debian tomarse en un sentido puramente alegórico, y que bajo este aspecto fueron considerados por los Padres. Véase *el sentido literal de la Escritura santa defendido por Stackhouse, etc.*

No es pues el gusto por las alegorías el que ha hecho divinizar el cántico de Salomón; por el contrario la habitud del estilo alegórico usado en todo tiempo entre los Orientales, es la que ha hecho escribir así esta antigua obra, monumento original de costumbres sencillas é inocentes que reinaban por entonces. La Iglesia cristiana la ha recibido como un libro divino, apoyada en la fe de la tradicion constante de los judios, transmitida por los apóstoles, y su testimonio no tiene necesidad de otra garantía.

No es cierto que los mahometanos recurriesen á las alegorías para paliar las paradojas é indecencias contenidas en el Alcorán; hacen profesion de creerlas al pié de la letra, tales como su pretendido profeta las escribió; y aun cuando quisieran usar de este paliativo, no conseguirian jamás darlas la menor apariencia de buen sentido. Véase *Marracci, Prodomus ad reflat. Alcorani, y Manuzimso.*

Alegria. Una de las acusaciones mas comunes que los incrédulos dirigen á la religion, es la de que sus dogmas, su moral y sus prácticas, parecen formados para entristecernos, para privarnos de toda especie de alegría y de placeres; que la piedad ó la devocion no es otra cosa en el fondo que un acceso de melancolía; que un cristiano regular y fervoroso debe ser el mas desgraciado de los hombres.

Esta preocupacion conviene muy poco con el lenguaje de nuestros libros santos. Continuamente exhorta el Salmista á los adoradores del verdadero Dios á que se regocijen, y á que se entreguen á los mas dulces trans-

portes de *alegría*; invita á todos los hombres á gustar y experimentar con dulce es el Señor; no considera como hombres felices sino á los que sirven al Señor, á los que conocen y meditan su ley, y á los que conforman con ella su conducta. S. Pablo exhorta del mismo modo á los fieles á regocijarse en el Señor, *Philipp.* II, 10; *iv*, 4; á cantar con todo su corazón himnos y cánticos para alabar á Dios, *Eph.* v, 19; *Colos.* III, 46. Dice que el reino de Dios en este mundo no consiste en los deleites sensuales sino en la *alegría* y la paz del Espíritu Santo, *1.ª Tim.* xiv, 17. Protesta que en medio de los trabajos y penas del apostolado, está lleno y transportado de *alegría*. *1.ª Cor.* vii, 4.

Los Santos, en todos los siglos, han repetido esto mismo. Los que habían traído desde luego una vida poco cristiana han asegurado, después de su conversión, que experimentaban un regocijo mas dichoso, y que gustaban de una *alegría* mas dulce y mas pura que la que tenían cuando anteriormente se entregaban al placer. Todos estos hombres virtuosos ¿han sido impostores, ó ha cambiado de naturaleza el cristianismo, para que haya llegado á ser una religion triste y lúgubre?

Que Dios movido de compasión hacia el género humano se dignó enviar y entregar su hijo único para salvarnos; que, por los méritos de este divino Redentor distribuye mas, con mayor ó menor abundancia á todos los hombres gracias para conducirlos á la salvación; que tengamos por juez á un Dios, que quiso ser nuestro hermano, á fin de ser misericordioso, *Hebr.* II, 17; que los sufrimientos inevitables á la naturaleza humana puedan llegar á ser para nosotros el principio de una eterna felicidad, etc.: ved aquí unos dogmas que no están ciertamente destinados para horrorizarnos y entristecernos, sino para regocijarnos y consolarnos; y estos son precisamente los dogmas fundamentales del cristianismo.

Convenimos en que para establecer su creencia fué necesario que los apóstoles y los primeros fieles se expusiesen á las mas duras pruebas, aun á perder la vida en los tormentos: estos son seguramente los objetos de tristeza y de lágrimas que Jesucristo les había anunciado; mas tambien les prodijo que su tristeza se convertiría en *alegría*, *Juan.* xvi, 20: no les engañó.

Si el parecer de un filósofo pagano puede hacer mayor impresion sobre los incrédulos, que el de los autores sagrados y de los Santos de todos los siglos, los invitamos á que lean

el tratado de Plutarco contra los Epicúreos, en el que se dedica á probar que *no se puede vivir feliz siguiendo la doctrina de Epicuro*; que es una locura el privarse de los consuelos que da la religion sea durante la vida, ó al tiempo de morir. ¿Era este filósofo un entusiasta, un insensato ó un espíritu débil, tal como los incrédulos acostumbraron á pintar á los santos del cristianismo? Al menos deberían intentar responder á los argumentos de Plutarco; mas ninguno de ellos lo ha comprendido todavía.

Los detractores del cristianismo no dejan de acusarle de ridículo, monacal y tórrico. Quisieran que la religion fuese un festin continuo en que tomaran asiento los desórdenes y las extravagancias. Todo lo que no es lujo, disipacion ó inmoralidad, lo reputan como indigno del hombre y de la sociedad. Al oírlos se diría que los goces se disipan ante la observancia de los preceptos. Se fingan un mundo en el cual no hay mas deleites que los sensuales, ni mas destino que el satisfacer las pasiones y los apetitos brutales. Y ¿cosa extraña! Estos hombres que compadecen como á desgraciados á quienes practican la virtud, ignoran hasta qué punto son ellos mismos compadecidos por la razon ilustrada del hombre religioso! Así se entiende que no comprendan lo que es, en lo que consiste, y cómo se alcanza la verdadera alegría. La definen por goces que desaparecen, y dejan despedazado el corazón: búscanla ya en el ruido de los sa-raos; ya en las competencias y en el concurso; ya en las satisfacciones del capricho; ya en fin en las glorias y en la ambicion; y cuando al abrazar estos ídolos palpan su vanidad y su engaño, ó bien estrechan un monstruo crizado de puntas, no contemplan que bajo la sonrisa de los halagos mundanos está disfrazado el gran secreto de la amargura y de la desesperacion.

Preguntad porqué va decrepito y encorvado el jóven, porqué llora la doncella, porqué la sociedad entera presencia tan lamentables desastres y escándalos tan repugnantes; y esta investigacion os definirá por antítesis la *alegría*. Por cierto que la incredulidad ha podido conocer que en los anales de sus satisfacciones, de sus triunfos y regocijos, hay no sé qué fondo de amarga contemplacion que mas bien horroriza que divierte; si todavia divisa la incredulidad victimas en el claustro, en la profesion cristiana y en la vida práctica de la virtud, perdonémosla su

mal entendida compasion, y el contrasentido infernal de sus principios.

La paz interior, la meditacion, el comercio con Dios, un suspiro que el alma eleva hacia el trono clemente y misericordioso del Altísimo, son acentos de *alegría* que no alcanza á percibir la incredulidad. ¿Tal vez tiene por fanatismo una plegaria, y por pesadilla el llanto de un corazón devoto! Quien así califica las cosas, no es muy á propósito para intérprete de los verdaderos goces del alma. El cristianismo pues, hijo del cielo, alegre, risueño, dulce y consolador, como el Dios que lo habita, hace del corazón de sus buenos hijos un tesoro de goces y de *alegrías* que no alcanza á comprender la incredulidad. Este monstruo negativo quisiera alejar del mundo toda idea positiva de ventura y de porvenir. Blasfema de lo que ignora; no conoce el cristianismo ni la *alegría*, y calumnia la obra de Dios, maldiciendo sus frutos. Solo faltaba que los incrédulos se constituyesen maestros en la ciencia del espíritu; ciencia en que tanto aprovechan los dóciles, los humildes, pacíficos y sencillos, cuanto ignoran y calumnian los orgullosos y rebeldes hijos de la soberbia incredulidad.

Alejaandria. No vamos á tratar de otra cosa mas que de la Iglesia fundada en esta célebre ciudad. Segun todos los monumentos antiguos de la historia eclesiástica, S. Marcos, discípulo de S. Pedro, fué quien predicó el Evangelio en *Alejaandria*, y donde fundó una Iglesia. M. Valois opina que acaeció en el año noveno del emperador Claudio, cerca de diez y siete años después de la muerte de Jesucristo; otros colocan este acontecimiento diez años después.

Sea lo que se quiera, no se puede ignorar en *Alejaandria*, ciudad llena de judíos, lo que aconteció en Judea mil y setecientos años antes: habia un comercio habitual entre *Alejaandria* y Jerusalén, y una Sinagoga en esta última para los alejaandrios, *Act.* vi, 9. Si S. Marcos hubiera referido hechos imaginarios en el Evangelio que escribió para la instruccion de los nuevos fieles, le hubiera sido muy fácil á Apolo, discípulo de S. Pablo, que era de *Alejaandria*, probar la falsedad de estos hechos, *Act.* xviii, 24. Las turbulencias que causaron la ruina de Jerusalén no se hicieron sentir en Egipto; la Iglesia naciente pudo gozar de una larga tranquilidad. S. Marcos tuvo una serie no interrumpida de sucesores, de los que Eusebio ha formado la lista; la tradicion apostólica debió conservarse largo

tiempo sin alteracion en esta Iglesia patriarcal. Se sabe que *Alejaandria* era una de las ciudades en donde las ciencias eran mas cultivadas; habia una escuela de filosofia. Panteus, Clemente Alejandro y Orígenes fueron instruidos en esta ciudad, y dieron después en ella lecciones. No es pues en las tinieblas ni bajo el velo de la ignorancia como se estableció el cristianismo en *Alejaandria*. Los que creyeron en Jesucristo, no lo hicieron sin haber sido informados de la veracidad de los hechos publicados por los apóstoles. No es dudoso que esta Iglesia tuviera una liturgia que la era propia, y es muy probable que fuese la que apareció con el tiempo bajo el nombre de S. Marcos. Hablaremos de esto en la palabra *Liturgia*.

Ninguna de las antiguas Iglesias fué tan agitada como la de *Alejaandria*. Esta ciudad grande, rica y populosa estaba dividida en tres religiones, el paganismos, el judaismo y el cristianismo, y sus habitantes eran naturalmente seditiosos y violentos. Por esta razon los emperadores se vieron obligados á otorgar amplia autoridad al obispo; su jurisdiccion se extendió bien pronto sobre todo el Egipto. La celebridad de la escuela de *Alejaandria* contribuyó tambien á darle la mayor consideracion entre los demás obispos; por lo mismo que este puesto era mas importante estaba mas expuesto á frecuentes peleros. Desde el principio del siglo III, la ordenacion de Orígenes que pareció irregular á dos obispos de *Alejaandria*, les dió un motivo de turbar el reposo de este grande hombre, otros lo protegieron, en particular Dionisio, que ocupó esta silla hacia el año de 250; mas este último fué acusado á su vez de haber preparado los medios para el error de Arrio. El año 306, el cisma de Melcio dividió esta Iglesia, y el año 320 comenzó Arrio á publicar en ella su herejía. Se sabe cuantos desórdenes causó esta en toda la Iglesia, y á qué persecuciones fué expuesto S. Atanasio, porque sostenia con zelo la divinidad de Jesucristo. Teofilo, uno de sus sucesores en 388, fué enemigo de S. Juan Crisóstomo, y aumentó las disensiones que reinaban anteriormente entre los obispos de *Alejaandria* y Constantinopla. El episcopado de S. Cirilo, sobrino y sucesor de Teofilo fué muy borrascoso; Nestorio á quien condenó el concilio de Efeso en 431, y contra el cual escribió, tuvo muchos partidarios que acusaron á S. Cirilo de eutiquianismo. Dioscoro, que le sucedió, abrazó abiertamente el partido de Eutiques; resistió

á las decisiones del concilio de Calcedonia, habido en el año 451, y atrajo todo el Egipto á su cisma. Cuando se quiso colocar sobre esta silla los obispos católicos, los Alejandrinos asesinaban á uno y arrojaban á otro. Durante mas de un siglo, los emperadores emplearon en vano toda su autoridad para establecer la paz; sus esfuerzos no sirvieron mas que para irritar á los egipcios contra el gobierno. El año 630 el patriarca Cirio fué el primer autor del monotelismo, y cuatro años despues los mahometanos conquistaron y arruinaron el Egipto. Basnage, en su *Historia de la Iglesia*, lib. 2, se extendió largamente sobre este cuadro; su designio era probar que los obispos de *Alejandro*, no habian reconocido jamás la jurisdiccion del romano Pontífice, y que nunca se habian sometido á dicha autoridad. No es á propósito este lugar para discutir todos los hechos de que quiere sacar ventaja; mas aun cuando hubiera sido mejor probada la independencia de estos obispos, ¿qué resultaria de esto? Los tristes efectos que produjo bastarian para demostrar contra los protestantes la necesidad de un centro de unidad en la fe, y de un superior en el episcopado; puesto que, por haber cometido la falta de no reconocer á uno como superior, los Patriarcas de *Alejandro* vieron su Iglesia combatida sin cesar por cismas y herejías hasta que finalmente el cristianismo quedó casi enteramente abolido; solo existe en la actualidad un débil resto entre los coptos y aun muy desfigurado por la ignorancia y el error. V. COPTOS, ESCRITO.

El abate Renaudot dió á luz una historia de los patriarcas de *Alejandro*, desde la fundación de esta Iglesia hasta el siglo trece. **Aleluia**, nombre hebreo que significa *abad al Señor*.

San Jerónimo fué el primero que introdujo la voz *aleluia* en el servicio de la Iglesia; durante largo tiempo no se empleaba esta voz mas que una vez al año en la Iglesia latina, á saber el dia de Pascua; pero tenia mayor uso en la Iglesia griega en que se cantaba en la pompa fúnebre de los santos, como lo testifica expresamente S. Jerónimo al hablar de la do santa Fabiola; esta costumbre se conservó en esta Iglesia, donde se canta tambien la *aleluia* algunas veces durante la cuaresma.

San Gregorio el Magno ordenó que se cantase tambien todo el año en la Iglesia latina; lo que dió ocasion á que algunas personas le echasen en cara de que era demasiado adicto

á los ritos de los griegos, y que introducía en la Iglesia de Roma las ceremonias de la de Constantinopla; mas respondió el Santo que tal habia sido anteriormente el uso en Roma, aun en el tiempo que el papa S. Dámaso, que murió en 384, introdujo la costumbre de cantar la *aleluia* en todos los oficios del año. Este decreto de san Gregorio fué recibido de tal suerte en toda la Iglesia de Occidente, que se cantaba la *aleluia* aun en el oficio de los difuntos, como lo observó Baronio en la descripción que hizo del entierro de santa Radegunda. Se ve todavia en la misa muzárabe, atribuida á san Isidoro de Sevilla, este introito de la misa de difuntos: *Tu es portio mea, Domine, aleluia; in terra viventium, aleluia*.

Andando el tiempo, la Iglesia romana suprimió el canto de la *aleluia* en el oficio y misa de los difuntos como tambien desde septuagésima hasta el gradual de la misa del sábado santo, y sustituyó estas palabras: *Lauds tibi Domine. Rex aeterna gloria*, como se practica aun al presente. El cuarto concilio de Toledo, en el canon once, hizo de esta una ley expresa que fué adoptada por las demás Iglesias de Occidente.

San Agustín en su *Epístola 119 ad Januar*, observa que no se cantaba la *aleluia* en otro dia que en el de Pascua. No hizo mas que referir el uso de su siglo. En la misa muzárabe se cantaba despues del Evangelio, mas no en todo tiempo; en vez de que en las demás Iglesias se cantaba como al presente en el intermedio de la Epístola al Evangelio, esto es, en el gradual. Sidonio Apolinar observa que los galeotes ó remeros cantaban en alta voz la *aleluia*, como una señal para excitarse y alentarse en sus maniobras. En efecto los primeros cristianos acostumbraban á santificar su trabajo por medio del cántico de los himnos y de los salmos. *Bingham*, orig. *Ecles.*, t. 6, lib. 14, cap. 11, § 4.

Alemania. Si se considera esta parte de la Europa en toda la extension que se la da al presente, no se convirtió á la fe cristiana en el mismo tiempo. San Bonifacio, arzobispo de Maguncia, natural de Inglaterra y religioso benedictino, es considerado como Apóstol de *Alemania*; por sus continuos trabajos desde el año 735 hasta su fallecimiento acaecido el año 755, los Germanos cercanos al Rhin, esto es, los habitantes de la Turingia, de la Rense, y de la Frisia ó Frisinga y aun de la Baviera fueron sólidamente convertidos al cristianismo; y fueron fundados los primeros obispos de esta parte occidental de la *Ale-*

mania. Su apostolado fué coronado con el martirio; los bárbaros le asesinaron con cincuenta y dos de sus compañeros, parte de ellos misioneros y parte cristianos; su sangre fue una semilla que produjo otros apóstoles. Los protestantes ni aun se han atrevido á disputar ó poner en duda su zelo, sus trabajos, su valor y sus progresos; mas como este santo misionero predicó el cristianismo católico y no el protestantismo, se ha debido tener á bien el deprimir el esplendor de sus virtudes y el emponzoñar, al menos, el móvil de sus acciones. « Bonifacio, dice Mosheim, obtuvo por sus trabajos y por sus piadosas hazañas el honroso titulo de Apóstol de la Germania, y lo mereció ciertamente por los señalados servicios que prestó al cristianismo; mas este eminente prelado fué un apóstol á la hechura moderna; se separó en muchas ocasiones del excelente modelo que tenia en la conducta y en el ministerio de los primeros y verdaderos apóstoles. Sin contar con su zelo por la gloria y autoridad del romano Pontífice que igualaba, si acaso no excedía, al que tenia por el servicio de Cristo y por la propagacion de su religion, se le afean otras muchas cosas indignas de un verdadero ministro cristiano. Al combatir las supersticiones paganas no empleó siempre las armas de que se sirvieron los antiguos heraldos del Evangelio para hacer triunfar la verdad, sino que empleó frecuentemente la violencia y el terror, y aun algunas veces el artificio y el engaño para multiplicar el número de los cristianos. Yo añadiré que sus escritos anunciaban un carácter imperioso y arrogante, un espíritu trapacero y falaz, un zelo excesivo por acrecentar los honores y pretensiones acerca del orden sacerdotal, y una profunda ignorancia de muchas cosas, cuyo conocimiento es absolutamente indispensable á un apóstol, y sobre todo de aquellas que tienen por objeto la verdadera naturaleza y el verdadero genio de la religion cristiana. » *Hist. ecles.* 8º siglo, 1ª p. c. 1, § 4. Instruidos por medio de este cuadro no han titubeado en decir nuestros incrédulos franceses que los misioneros de la *Alemania* predicaron el papismo y no el cristianismo; que fueron los emisarios, los satélites, los esclavos de los Papas, mas bien que los enviados de Jesucristo; de lo cual debemos concluir que los bárbaros no obraron tan mal al asesinarlos; mas no creemos que nos sea muy difícil el justificarlos.

1º Es un absurdo el creer que S. Bonifacio haya predicado en *Alemania* otro cristianismo

y otra religion que aquella en la cual habia sido educado é instruido, y de cuya verdad estaba bien penetrado; que hubiera establecido el pretendido cristianismo de Lutero y de Calvino, ochocientos años antes de que este hubiera sido forjado. Es una necesidad, el considerar como malo, que haya creído firmemente en la autoridad del papa, y que la estableciera en las Iglesias de *Alemania*, siendo así que tal era entonces la fe y creencia universal de todo el Occidente. Si hubiera obrado de otra suerte, seria preciso acusarle de mala fe y de infidelidad á su ministerio. La única prueba que se alega del exceso de su zelo en este punto es que, segun los autores de la *Historia literaria de Francia*, « S. Bonifacio en sus cartas expresa su adhesión á la santa Sede en términos nos poco decorosos á la dignidad del carácter episcopal. » Pero no debe admirar á nadie el lenguaje consignado en aquella época, porque la autoridad de los papas era mayor en el siglo octavo, que no lo es en el dia; y ya veremos en la palabra PAPA que esto era necesario é indispensable en aquellas circunstancias.

2º Es tambien otro absurdo el concluir de aquí que el zelo de S. Bonifacio era mayor por la autoridad del Pontífice romano que por la gloria de Jesucristo y por la propagacion de su religion. Este santo misionero creía firmemente que la autoridad del papa habia sido establecida por Jesucristo mismo, que era necesaria para la propagacion de la fe y para mantener la unidad de la Iglesia; que no se podia estar sinceramente sumiso á Jesucristo sin obedecer á su vicario en la tierra: su zelo por esta autoridad era un verdadero zelo por la gloria y el servicio de Jesucristo. Aun cuando S. Bonifacio hubiera padecido un error, lo que no sucedió, seguiria en esto la corriente del siglo, y su conducta estaria en un todo conforme con su creencia.

3º Qué pruebas tienen para decir que empleó la violencia y el terror para subyugar á los paganos y hacer triunfar la verdad? Ninguna: tan solo nos hacen observar que fué secundado por la poderosa proteccion y animado por las liberalidades de Carlos Martel, y de Carlomagno y Pepino sus hijos. Es cierto que tenia necesidad de ellos para fundar los obispos, los monasterios y las escuelas; pero ¿por ventura estos principes le dieron una escolta de soldados, para aterrar á los bárbaros y obligarlos á hacerse cristianos? Lejos de esto, ni aun quiso que sus compañeros hiciesen la menor resistencia cuando fueron á asesinarlos los Frisones; y su dulzura, su

paciencia y su resignación á la muerte están bien comprobadas en sus cartas. *Vidas de los Padres y de los Mártires*, 3 de junio.

¶ Tampoco han podido jamás probar su carácter maligno y falaz ni los artificios y fraudes que dicen empleó para multiplicar el número de los cristianos. Si por *fraudes* entienden los protestantes las reliquias, las indulgencias, el purgatorio, la confesion y aun los milagros, confesamos desde luego que los puso en práctica; pero es preciso empezar por demostrar que esto es un *fraude*, y que el mismo S. Bonifacio no tenía ninguna fe en todas estas cosas. Estos pretendidos *fraudes* se diferencian un poco de las mentiras, imposturas y calumnias, de que han echado mano los predicadores del protestantismo para establecerlo.

¶ A pesar de que hemos tratado de encontrar en las cartas de este santo obispo, ó en otra parte, vestigios del carácter imperioso y arrogante, que se le atribuye, no hemos visto jamás otra cosa que testimonios de lo contrario. Era si muy zeloso por el honor y regalías del orden sacerdotal; pero este crimen le era común con S. Pablo, que decía: « En tanto que yo sea apóstol de las naciones, honraré » que yo sea apóstol de las naciones, honraré » mi ministerio. » *Rom.* xi, 13, y á *Tito* ii, 13: « que ninguno os desprecie. » Nunca se abrogó S. Bonifacio tanta autoridad sobre las Iglesias que fundó, como Lutero y Calvino sobre las que pervirtieron. Antes de su muerte se dió un sucesor á la silla de Maguncia, y le dejó encomendado el gobierno de esta Iglesia cuando se marchó á continuar sus misiones entre los idólatras: no dió á los obispos mas autoridad que la que ya gozaban en todo el Occidente.

¶ Por último, aun cuando los misioneros de Alemania hubieran dado algun motivo para las críticas de los protestantes, lo que no aconteció, estos últimos serian tambien injustos, y aun bárbaros al tratar de obscurecer la gloria de los operarios evangélicos que instruyeron y civilizaron á sus antepasados: si no hubiera sido por sus trabajos, ¿cuándo habria establecido Lutero en esos países su pretendida reforma? Ninguno de sus predicadores ha ido á dar á conocer el Evangelio entre los bárbaros; y ya sabemos los resultados que han obtenido sus sucesores, cuando han querido hacer el papel de apóstoles. Todos sus conocimientos se reducen á denigrar y calumniar como sus predecesores.

No nos detendremos en refutar el absurdo de Bruker, que vituperó á S. Bonifacio el no

haber hecho un servicio á las letras y á la filosofía, llevando el cristianismo á Alemania; se entrece contra los benedictinos, porque han dicho que estaba dotado de erudicion y capacidad, y le han alabado por haber establecido escuelas en los monasterios de Fulda y Fritzlar. Con este motivo confirma lo que han dicho los autores protestantes acerca de la ignorancia de este misionero, y trae como pruebas de esto mismo, no solo sus cartas sino lo que de él refiere Aventino, que asegura, que S. Bonifacio fué el que denunció al papa Zacarías, á Virgilio de Salzburgo como hereje, por haber dicho que existian antipodas. No creemos que la intencion de los benedictinos haya sido la de demostrar que S. Bonifacio era un gran filósofo, y que estableció escuelas de filosofía en Alemania para los germanos que no sabian leer. Este zeloso misionero era tan instruido como podia serlo en el siglo VIII; habia estudiado todo lo que se enseñaba entonces; y si se dedicó con particularidad á las ciencias eclesiásticas, fué porque tuvo necesidad de ellas para predicar el Evangelio. Estableció escuelas para estas mismas ciencias, y contribuyó, en cuanto pudo, á sacar á los pueblos de Alemania de la ignorancia grosera en que estaban sumidos. ¿Qué mas podia hacer? y esto ¿no era hacer un servicio real á las letras?

No sabemos lo que quiere decir Mosheim, cuando niega á S. Bonifacio el conocimiento de las cosas que tienen por objeto la verdadera naturaleza, y el verdadero genio de la religion cristiana. Si por esto entiende que este misionero no conocia el cristianismo; tal como les plugo forjarle á los protestantes, desde luego convenimos con él; segun ellos, basta leer y estudiar la Sagrada Escritura: ahora bien, S. Bonifacio la habia estudiado y leído constantemente, y hasta la enseñó á los demás en su monasterio; pero tuvo la desgracia de no ver en ella, lo mismo que nosotros, lo que los protestantes han pretendido ver ochocientos años despues.

Por lo que respecta á la pretendida heresia de los arrianos, véase esta palabra. Mosheim y los demás protestantes no han hablado con mas justicia de las misiones del siglo IX, que por orden de Carlo Magno se predicaron á los sajones. V. Misiones. ¶ No hay incidente histórico de que los protestantes y filósofos no echen mano para convertirlo á su manera contra la Iglesia romana. Esta suerte ha tenido la historia entre S. Bonifacio y Virgilio, relativa á la

cuestion que indica el abate Bergier. En efecto S. Bonifacio denunció á Virgilio ante el papa Zacarías, diciendo que entre otros errores enseñaba: « que habia otro mundo, otros hombres bajo la tierra, otro sol y otra luna. » El papa respondió que si persistia en enseñar semejantes errores, era necesario deponele, y le mandó ir á Roma á fin de que allí se examinase su doctrina. Algunos autores modernos, entre otros D'Alembert, infirieron de aqui ridiculamente, que el papa Zacarías condenó la opinion de los que admitian antipodas; pero en la imputacion de S. Bonifacio no se trataba de semejante cosa, sino de los hombres de otro mundo, que no descendian de Adán, y que no habian sido rescatados por Jesucristo; y claro es que esto podia ser condenado. Como los protestantes y filósofos tienen la indisputable habilidad de tomar al vuelo ciertas especies sueltas para coordinarlas en el vasto taller de su conspiracion permanente contra la Iglesia católica, preciso es acostumbrarnos á mirar con precaucion y sana critica sus aserciones aventuradas y peligrosas.

Alfa y Omega. ALFA y OMEGA, primera y última letras del alfabeto griego. Jesucristo dice en el Apocalipsis: « Yo soy alfa y omega, el principio y el fin. » 1, 8; XXI, 6; XXII, 13. (Con efecto el Verbo divino es el que ha criado todas las cosas; es tambien su último fin, pues solo en él y por él podemos encontrar la felicidad suprema. Véase *Colos.* i, 13 y sig.)

Alfabeto, griego y latino. Carácter ó letras para el uso de los griegos y de los latinos que, en la consagracion de una iglesia, el prelado que practica esta ceremonia traza con su dedo en la ceniza con que se cubre el pavimento de la nueva iglesia.

Esta ceremonia nos da á entender que la Iglesia es la verdadera madre de los fieles, que ella les da los elementos de la verdadera ciencia; de la ciencia de salvacion, y que reúne á todos los pueblos.

Alianza. En las Santas Escrituras, se usa muchas veces el nombre *testamentum*, en griego *διαθήκη*, para expresar el valor de la palabra hebrea *berith*, que significa *alianza*. De aqui provienen las denominaciones de antiguo y nuevo Testamento, para marcar la antigua y la nueva *alianza*. La primera *alianza* de Dios con los hombres fué la que hizo con Adán en el momento de su creacion, cuando le prohibió el uso

de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. *Gen.* ii, 16. Esta prohibicion es una especie de contrato entre Dios y el hombre, asi es llamada en el *Ecles.* xiv, 12.

La segunda *alianza* es la que Dios hizo con el hombre despues de su pecado, prometiéndole un Redentor. En consideracion á esta promesa, Dios no condenó á Adán á la pena eterna que merecia, sino solo á una temporal, al trabajo, á los padecimientos y á la muerte. « Si nuestra vida, dice S. Agustín, es trabajosa y está sujeta á la muerte, es un efecto de la cólera de Dios » y un castigo del primer pecado. Mas Dios no nos ha tratado como merecian nuestros pecados, tuvo piedad de nosotros, como un padre tiene compasion de sus hijos; lo que nosotros sufrimos es un remedio » y no una venganza, es una correccion y no una condenacion, etc. Envió á su Hijo, » porque tuvo piedad de nosotros. » *Enarr. in Ps.* cii, s. 17 y sig. *Enchir. ad Laur.* c. 27, n. 8. V. Adán.

S. Pablo ha preconizado muchas veces las ventajas de esta *alianza*, por cuyo medio el segundo Adán, que es Jesucristo, ha reparado del modo mas completo el perjuicio que el primer hombre habia ocasionado á toda su posteridad. « De la misma manera » que todos mueren en Adán, así serán todos verificados por Jesucristo. » 1 *Cor.* xv, 22. « Así como por la desobediencia de uno solo, la multitud de los hombres se hicieron pecadores, así por la obediencia de uno solo, la multitud de los hombres serán justos. » *Rom.* v, 12 y 19. « Por su muerte, Jesucristo ha destruido al que tenia el imperio de la muerte, es decir, al demonio. » *Hebr.* ii, 14. V. REDESICION.

Otra tercera *alianza* fué la que el Señor hizo con Noé, cuando le dijo que construyera un arca ó una nave, para salvar en ella los animales de la tierra, y para que retuviera con él un cierto número de hombres, á fin de que por su medio se pudiera volver á repoblar la tierra despues del diluvio. *Gen.* vi, 18.

Esta *alianza* fué renovada ciento veinte y un años despues, cuando retiradas las aguas del diluvio, y saliendo Noé del arca con su mujer y sus hijos, Dios le dijo: « Voy » á hacer una *alianza* contigo y con tus hijos despues de ti, y con todos los animales que han salido del arca; de manera que yo no haré aguas mas toda » carne por medio de las aguas del diluvio: » y el arco iris que yo haré aparecer en

« las nubes será la señal de la *alianza* que » hago hoy contigo. » *Gen.* ix, 8, 9, 10 y 11.

Todas estas *alianzas* fueron generales entre Adán y Noé y toda su posteridad; pero la que Dios hizo después con Abraham fué mas limitada, no comprendia mas que á este patriarca y la raza que debía nacer de él por parte de Isaac. Los demás descendientes de Abraham no debían tener parte en ella. La señal ó sello de esta *alianza* fué la circuncision, á la cual tenían que sujetarse todos los varones de la familia de Abraham, á los ocho dias de su nacimiento. Los efectos y consecuencias de este pacto están muy palpables en toda la historia del antiguo Testamento; la venida del Mesías fué su fin y consumacion. La *alianza* de Dios con Adán forma lo que llamamos la ley natural: la *alianza* con Abraham, explicada en la ley de Moisés, constituye la de rigor; y la *alianza* de Dios con todos los hombres, por la mediacion de Jesucristo, es la ley de gracia. *Genes.* xii, 1, 2, y xvii, 10, 11 y 12.

Generalmente nunca hablamos mas que del antiguo y nuevo Testamento, de la *alianza* del Señor con la raza de Abraham, y de la que hizo con todos los hombres por medio de Jesucristo, porque estas dos *alianzas* contienen eminentemente todas las demás que no son mas que sus consecuencias, emanaciones y explicaciones: por ejemplo, cuando Dios renovó sus promesas á Isaac y Jacob, é hizo una *alianza* en el monte Sinaí con los israelitas y les dió su ley; cuando Moisés, poco tiempo antes de su muerte, renovó la *alianza* que el Señor habia hecho con su pueblo, y puso ante sus ojos todos los prodigios que habia obrado á su favor; cuando Josué, conociendo que se acercaba su fin, juró con los ancianos del pueblo una fidelidad inviolable al Dios de sus padres: todo esto no es mas que una continuacion de la primera *alianza* hecha con Abraham. Josías, Esdras y Nehemías renovaron del mismo modo en diferentes tiempos sus juramentos y *alianza* con el Señor; pero no fué mas que un nuevo propósito de fervor, y una nueva promesa de fidelidad en la observancia de las leyes dadas á sus padres. *Exod.* xi, 24; vi, 47; xix, 8; *Deut.* xxix; *Jos.* xxiii, 25; *IV Reg.* ii, 18; *Paralip.* ii, 22.

La mayor, la mas solemne, la mas exultante y perfecta de todas las *alianzas* de Dios con los hombres es la que ha hecho con nosotros por la mediacion de Jesucristo: *alianza* eterna que debe subsistir hasta el fin de los

siglos, garantizada por el Hijo de Dios, cimentada y afirmada por su sangre, que tiene por objeto y fin la vida eterna, cuyo sacerdocio, sacrificio y leyes son infinitamente mas perfectas que las del antiguo Testamento. Véase á S. Pablo en sus *Epistolas á los Gálatas y á los Hebréos*.

En vano sostienen los judíos que Dios no ha podido establecer una nueva *alianza*, después de haberles mandado observar la de Moisés perpetuamente. Se les prueba lo contrario: 1.º porque Dios lo ha declarado así, *Jerem.* xxxi, 31 y *sig.* y este es el argumento que les hace S. Pablo, *Hebr.* viii, 8. 2.º Ellos mismos convienen en que, según los profetas, el Mesías debe ser tan legislador como Moisés, *Deut.* xviii, 18; *Isai.* xli, 4; *Manimen fidei*, 4.ª *part.* c. 20. Esta funcion seria superflua, si no debieran establecerse nuevas leyes. 3.º Dios desechó los antiguos sacrificios, y prometió un nuevo sacerdocio. *Ps.* xlix, 7; *Isai.* i, 16 y *sig.*; *Lxxi.* 2; *Jerem.* vii, 21; *Ezech.* xi, 3 y *sig.*; *Mich.* vi, 6; *Malach.* i, 10. Es tambien uno de los argumentos de S. Pablo, *Hebr.* vii, 12; viii, 8. 4.º La antigua *alianza* establecia un muro de separacion entre los judíos y las demás naciones; la ley de Moisés no era practicable mas que en la Judéa; por el contrario, en la época del Mesías debían reunirse todas las naciones y formar el pueblo del Señor; los judíos convienen en esto mismo; luego era necesaria una ley nueva que fuera practicable en todas las partes del mundo. 5.º Dios hizo impracticable la ley de Moisés aun para los mismos judíos, por su dispersion, por la destruccion del templo, por la confusion de las genealogías y por la incompatibilidad de sus leyes con el derecho público de todas las naciones: luego Dios estableció una nueva ley por medio del Mesías, y subsiste hace mas de mil y ochocientos años. Véase *Philippi á Limborch amica collat. cum erudito Judeo, etc.*

Alma. sustancia espiritual, que piensa y es el principio de la vida en el hombre. A los filósofos corresponde el exponer las pruebas de la espiritualidad ó inmortalidad del *alma* humana que puede suministrarlos la luz natural; á los teólogos el hacer ver que estos dos dogmas esenciales han sido revelados á los hombres desde el principio del mundo; que Dios no aguardó á las teorías de la filosofía para enseñarles estas dos verdades importantes, y que los filósofos mismos nunca han podido demostrarlas completamente, porque carecieron de las luces de la revelacion. Por

nuestra parte, añadiremos algunas reflexiones sobre el origen del *alma*.

I.

De la espiritualidad del alma.

La primera verdad que nos enseña la historia santa es que Dios es criador, que lo hizo todo por su palabra ó por un simple acto de su voluntad; luego es un puro espíritu. En la palabra *Creacion* haremos ver que esta consecuencia es incontestable. Esta misma historia nos enseña tambien que Dios ha hecho al hombre á su imagen y semejanza, *Gen.* i, 26 y 27; ix, 6. Luego el hombre no es solo un cuerpo, es inteligente, activo y libre en su voluntad como Dios.

Allí se dice que después de haber formado un cuerpo de tierra, Dios sopló sobre la cara del hombre; y que desde aquel momento tuvo vida, fué animado y dotado del movimiento y de la palabra. Efectivamente, sobre el rostro ó la fisonomía del hombre es en donde brillan la vida, la inteligencia, la actividad, los deseos y los sentimientos de su *alma*. Nada de semejante se encuentra en los animales. El *alma* y el entendimiento no son sensibles por sí mismos sino por sus efectos; no pueden ser designados mas que por estos; el mas sensible de sus efectos es el aliento ó la *respiration*, todo lo que respira es reputado como viviente. Es pues muy natural que se exprese por el *soplo* el principio mismo de la vida. Está escrito que el *soplo* del Todopoderoso da la inteligencia. *Job* xxxii, 8. Nuestros autores sagrados jamás atribuyeron la inteligencia á la materia. Los filósofos que han dicho que el *soplo* designa aquélla que han dicho que el *soplo* designa aquí alguna cosa material, reflexionaron muy poco sobre la energía del lenguaje.

Dios dice: « Hagamos al hombre á nuestra » imagen y semejanza, para que presida á los » animales, á todo lo que vive sobre la tierra, » y á toda la tierra misma. » *Gen.* i, 26. Y con efecto Dios le dió este imperio, 28; el hombre es pues de una naturaleza muy superior á la de los animales, pues que ha sido criado para ser su señor.

Efectivamente, Dios no habla á los seres materiales, ni dirige la palabra á los animales; pero habla al hombre, conversa con él, le concede derechos, y le impone deberes; obra respecto de él como con un ser inteligente, libre, dueño de sus acciones y digno

de recompensa y de castigo: ¿se trata así á un autómatas ó á un animal? Las teorías metafísicas sobre la naturaleza del entendimiento y de la materia, y las disertaciones gramaticales sobre la significacion de los términos, son bien frias en comparacion de las lecciones que nos da la historia santa.

No es por lo tanto de admirar, que no se haya encontrado aun sobre la tierra ningun pueblo tan estúpido para confundir el espíritu con la materia, y el hombre con los animales; la mayor parte han querido mas bien conceder un *alma* inteligente y espiritual á los animales, que negársela al hombre.

¿Será preciso recorrer toda la serie de la historia y de los libros santos para demostrar que siempre subsistió la misma creencia entre los hebréos? En vano buscaríamos en ellas el menor vestigio de materialismo, ó expresiones capaces de probar que los judíos colocaron al hombre en el rango de los animales. La reprimion mas fuerte, que los autores sagrados hacen á los hombres corrompidos y entregados á las pasiones brutales, es el decirlos que han olvidado su propia naturaleza, que se han degradado hasta el punto de ponerse al nivel de los animales, y que se han vuelto semejantes á los brutos. *Ps.* xlviii, 15 y 21; *Isai.* i, 3, etc.

Se ha tratado de poner en ridiculo á Moisés, porque al prohibir á los israelitas el comer la sangre de los animales, dice que el *alma* de toda carne está en la sangre, y que esta es el *alma* de todos los animales. *Levit.* xvii, 11 y 14; *Deut.* xii, 23. De esto han deducido que los autores sagrados, al hablar del *alma* en general, no entendieron mas que el aliento ó la respiracion.

Aun cuando Moisés hubiera querido dar á entender, que el principio de la vida de los animales está en su sangre, no vemos por qué razon demostrativa nuestros mas hábiles físicos podrian demostrar lo contrario, y de esto tampoco se seguiria que Moisés pensó lo mismo respecto del *alma* del hombre. Mas este legislador no trató de hacer una disertacion filosófica sobre el *alma* de las bestias; solo daba á los hebréos una razon sensible de la ley que les imponía. Les prohibe comer la sangre de los animales porque esta sangre, sin la cual no pueden vivir, fué dada por Dios á los israelitas para expiar sus *almas*, cuando se ofrecia sobre el altar. En este sentido pues es como dice *Levit.* xvii, 11: « La sangre es para la expiacion del *alma*, » y *Deut.* xii, 23: « Su sangre es para el *alma*. » Nada de esto